

Cortázar hombre, escritor y traductor



En esta entrevista con Diego Tomasi, autor de *Cortázar por Buenos Aires. Buenos Aires por Cortázar* (editorial Planeta), se plasman la personalidad de Cortázar, su obra y su papel como traductor público. Tomasi estará presente como orador invitado el 28 de agosto en la charla «Cortázar y los traductores», que se realizará en el CTPCBA.

¿Por qué elegiste a Cortázar como tema de investigación? ¿Tenías algún interés en particular por este escritor?

Sí, me interesaba desde antes, lo había leído desde chico. Y porque además de la literatura me interesaba el personaje, que es un personaje un poco más cercano, parece, que otros escritores que se han ubicado ellos mismos más en un lugar «de bronce». Y Cortázar siempre fue un tipo un poco más humano. Supongo que por eso me llamaba la atención tratar de estudiar por qué era como era y por qué escribía como escribía.

¿Qué rasgos de su personalidad te llamaron especialmente la atención?

Lo más impactante de todo me resultó que no hubo una sola persona de las treinta con las que hablé,

y la mayoría lo trataron con frecuencia, que hablara mal de él como persona. Establecía un tipo de vínculo con el otro muy genuino, muy cercano. Era muy amable y, a diferencia de lo que mostraba en su literatura, era bastante formal. Era un tipo de ciertas, incluso, obsesiones en que había que ser muy amable con el otro y mostrarse siempre predispuesto a conversar y a charlar, y atender a todo el mundo que quisiera pedirle un autógrafo, por ejemplo. Eso me llamó la atención porque no es habitual entre los escritores que establezcan un vínculo con el resto de las personas como si los demás fueran iguales. Y Cortázar era un tipo más que resultó ser Cortázar, pero que podía pasarse una tarde tomando mate con alguien que no conocía o que había conocido recién, o que podía decirle «mamita» a la madre cuando él estaba por cumplir setenta años.

Después, lo otro muy impresionante es el vínculo que establecía con los niños. Cortázar era un niño de casi dos metros, lo era en algunas actitudes, lo era en su literatura, en el sentido de que el juego era algo muy serio. Para los niños el juego es algo muy serio. Y entonces cuando él se veía con niños, que podían ser los hijos de sus amigos o su propio ahijado, siempre se ponía en el lugar no del que necesita enseñar, sino del que necesita aprender. Como si se invirtieran los roles, y ese vínculo era, al parecer, increíble porque él se nutría de la inocencia y de esa capacidad de asombro que tienen los niños. Esa es una de las cosas que más me sorprendió. Los niños en seguida percibían eso. Y lo veían como un igual, aun cuando era enorme y era un adulto, pero lo terminaban viendo como alguien que se había puesto en el lugar de un niño; era impresionante.

Antes de empezar a investigar, ¿sabías algo de su relación con la traducción? ¿O lo que descubriste te sorprendió?

Sabía que él traducía. Había leído a algunos autores que a mí me gustan traducidos por él, pero no sabía cómo había sido el recorrido. No sabía que primero había sido casi autodidacta y que después había estudiado bastante aceleradamente para recibirse de traductor público, y tampoco sabía los detalles de cómo había sido su labor específicamente en la Unesco, en París. Todo eso lo fui aprendiendo a medida que hacía el libro, aunque tenía datos sueltos. Por ejemplo, había leído los cuentos de Poe traducidos por él, pero no sabía, hasta que no leí las cartas en las que él contaba el proceso, cómo había llegado a ser el traductor de Poe o, incluso, en qué lugar. Todo eso lo fui descubriendo un poco en el proceso del libro y un poco, digamos, no con el libro, pero sí tardíamente.

Incluso su faceta de traductor público no es necesariamente muy conocida.

Es verdad, hay una anécdota sobre eso cuando él hizo su primer viaje a Europa, donde se quedó unos meses. Él tenía un cargo importante en un estudio de traducción y le ofreció a Aurora Bernárdez, a quien ya conocía y era traductora, trabajar con él. Se conocían, no podemos decir que eran todavía pareja. Y ella rechazó la oferta, según me dijo, porque era traductora literaria y Cortázar era traductor jurado, y ella no quería pertenecer a ese rubro. O sea que sí, él se reía bastante de sí mismo haciendo ese tipo de traducciones de documentos formales o de documentos científicos de los que no entendía una palabra, pero sí podía comprender para

traducirlos. Solía burlarse de tener que trabajar de eso. Aunque lo hizo sobrevivir, ¿no? Porque en París en sus primeros tiempos, en que vivió en la pobreza, no hubiera sobrevivido si no hubiera trabajado de traductor.

En eso se diferencia de otros escritores que traducen con un objetivo artístico, pero no necesariamente como un trabajo.

Claro, él también hizo esa parte, pero durante mucho tiempo fue *su* trabajo, porque él no vivía de la literatura, básicamente. La diferencia con Aurora es que ella, siempre, desde muy joven fue traductora de literatura y su rol era ese, el de convertir autores muy importantes que escribían en francés, italiano o inglés al español para que se conocieran en la Argentina.

¿Qué podés contarnos de su relación con Aurora Bernárdez, con quien forma no solo una pareja, sino casi una sociedad?

Bueno, en un momento hubo un concurso en la Unesco para definir cargos oficiales de traductores. Julio Cortázar y Aurora Bernárdez ya trabajaban en la institución, pero de un modo más informal, y se presentaron. Salió primero Julio Cortázar y segunda Aurora Bernárdez, entraron los dos. Es decir, dos personas que vivían en la misma habitación ganaron el concurso. Es bastante impresionante que pasara eso. Hay que decir que Aurora Bernárdez es probablemente una de las personas más importantes para la traducción literaria en la Argentina; no solo por la dimensión de las obras que tradujo, sino por la calidad de sus traducciones. Ella suele decir que para ser un buen traductor lo que hay que saber es escribir en el idioma de destino. Y eso nos lleva a pensar hasta qué punto renunció a ocupar algún tipo de espacio en la traducción y en la literatura a favor de que Cortázar fuera «el escritor» de la casa. Se le ha preguntado a Aurora Bernárdez, que hoy tiene noventa y cuatro años, si nunca escribió. Ella no contesta.

Pero hay más. Cuando Cortázar estaba en Italia traduciendo las obras de Edgar Allan Poe, escribió una carta a un amigo en la que decía: «Acá estamos con Aurora, yo estoy traduciendo un cuento que me está volviendo loco, y Aurora está traduciendo *Eureka*». *Eureka* es un ensayo científico de Poe y la pregunta es ¿por qué Aurora está traduciendo *Eureka* si el trabajo se le encargó a Julio Cortázar? Cuando el editor que trabaja

>> Cortázar hombre, escritor y traductor

desde hace unos años con Aurora Bernárdez en la reedición y la edición de la obra inédita de Cortázar le preguntó a Aurora, con quien tienen una relación muy estrecha, si aquello de que ella estaba traduciendo *Eureka* era un chiste de Cortázar o si era real, ella dijo: «Yo no puedo hablar de temas personales». Y hasta ahí podemos saber.

En cuanto a la ciudad, ¿cómo influye en la obra de Cortázar?

Influye de un modo concreto, en algunos momentos, y velado, en otros, o más simbólico. La ciudad para Cortázar es, en sus últimos años de vida en Buenos Aires, un lugar de opresión, es un lugar en que todo lo que lo rodea lo invade. Coincide con el fenómeno del peronismo, es decir, de la llegada de las clases populares a un lugar al que nunca habían llegado. Y Cortázar, como perteneciente a una clase burguesa y criado en ese ambiente, siente que su mundo se está invadiendo con algo que él no conoce. Que no conoce y que desprecia, además. Y él relaciona directamente esa situación con la ciudad. Pero al mismo tiempo cuando, años antes, tuvo que irse a Bolívar o a Chivilcoy, a él le parecían horriblemente aburridas esas ciudades en las que no pasaba nada de nada, aun cuando las aprovechó muchísimo para leer y convertirse en la persona erudita que fue después. En esos momentos, la ciudad de Buenos Aires es lo querido que se añora, porque era el lugar en el que estaban sus amigos, en el que había cosas para hacer; con lo cual la influencia de la ciudad en su obra siempre fue contradictoria, porque en lo personal siempre hubo una necesidad de alejarse cuando estuvo cerca y de acercarse cuando estuvo lejos. Parece un poco una mirada inconformista, pero tenía que ver con su propia inquietud, incluso literaria. Con no conformarse con lo que había y siempre buscar un poco más allá.

Después, en lo simbólico, la ciudad se traslada aun cuando él vivía en París, está muy presente como escenario y como tema de la literatura. Incluso cuando hay obras que no transcurren en Buenos Aires, hay un clima que se respira que es bastante porteño. Y sin dudas la mayor marca de Buenos Aires en la obra de Cortázar es en el lenguaje. Es un lenguaje bastante típicamente argentino y, muy en particular, porteño, con muchas variantes, porque puede ser tanto en «Torito», hablando como

un boxeador que está en sus últimos momentos, como en las historias de cronopios y de famas, donde hay algo de la clase media porteña que se transmite en lo que pasa. O en *Rayuela*; aun cuando los personajes están en París, hay una mirada yo diría «porteña» de esa ciudad. O sea que, en ese punto, la mayor huella para mí es en el modo de escribir, en el modo de decir de Cortázar.

Cortázar comentaba que en sus idas y vueltas encontraba la ciudad siempre igual. Desde su última visita en 1983, la ciudad ha cambiado significativamente, ¿qué te parece que le gustaría y qué no en la ciudad de hoy?

Creo que no le gustaría el nivel de locura que ha adquirido el tránsito, por ejemplo. Seguramente, los bocinazos hoy deben ser más que los que escuchaba Cortázar la última vez, aun cuando ya había, entiendo, muchos coches. Y no le gustaría que muchos de los lugares que él conoció y en los que pasó muchísimo tiempo no solo ya no existan, sino que además se hayan reconvertido en cadenas de pizzerías o que hayan cerrado porque los dueños han vaciado el lugar o han quebrado. Esa me parece que sería la mayor pérdida: volver a Buenos Aires y ver que la Richmond está cerrada, o la London; creo que sería espantoso para él.

¿Y dónde se refugiaría?

Creo que se refugiaría en el Luna Park, aun cuando también ha mutado. Pero por lo menos de vez en cuando hay boxeo. Muy cada tanto, pero hay, y tal vez iría al Luna a ver boxeo. Y si pudiera hacer el traslado en el tiempo, ya que él podía hacerlo en su literatura, se refugiaría en el barrio Rawson, en la calle Artigas. En un lugar donde él pasó sus años y donde vivía su madre, que no cambió tanto, entiendo. ■

